

RACIONALIDAD, AUTORIDAD, OLIGOPOLIO Y ESTADO: POLLOCK, HORKHEIMER Y NEUMANN FRENTE AL ESTADO NACIONALSOCIALISTA

*Rationality, Authority, Oligopoly and the State:
Pollock, Horkheimer and Neumann on the National Socialist State*

EDUARDO PAZOS PASCUAL*

epazos@ucm.es

Fecha de recepción: 31 de marzo de 2021

Fecha de aceptación: 21 de junio de 2021

RESUMEN

El presente artículo se propone reconstruir los pormenores de la disputa que, entre finales de los años treinta y principios de los cuarenta, enfrentase a los colaboradores del *Institut für Sozialforschung*, con respecto a la naturaleza y el funcionamiento del Estado nacionalsocialista alemán. Igualmente, trata de combatir la interpretación usual del episodio, y de resituar en su contexto los contenidos y los enfoques de los distintos autores. La disputa interna entre varios de los colaboradores- Max Horkheimer, Friedrich Pollock y Franz Neumann fueron los principales implicados- supone uno de los momentos estelares de la primera generación de la teoría crítica. La recepción del debate en la academia, desde hace mucho tiempo, ha cristalizado en una interpretación dualista, según la cual los núcleos del debate- la pregunta por el tipo de capitalismo reinante en Alemania y por su relación con los fundamentos del liberalismo al que venía a sustituir- habrían enfrentado a la pareja de directores del Institut, Pollock y Horkheimer, frente a un pensador periférico a la institución, Franz Neumann. El artículo trata de defender una interpretación diferente, según la cual cada uno de estos pensadores debe ser entendido como una voz propia, en acuerdo y desacuerdo con sus colaboradores en función de la cuestión tratada. El artículo trata de mostrar cercanías entre las ideas de Horkheimer y Neumann, o desacuerdos entre Pollock y Horkheimer, que han sido obviadas por la interpretación usual del debate.

Palabras clave: Estado, capitalismo, nacionalsocialismo, autoridad, racionalidad, monopolio.

* Universidad Complutense de Madrid.

ABSTRACT

This article aims to reconstruct the details of the dispute that, between the late 1930s and the early 1940s, confronted the collaborators of the *Institut für Sozialforschung*, with respect to the intimate nature and functioning of the German National Socialist State. It also attempts to combat the usual interpretation of the episode and to place the contents and approaches of the various authors in context. The internal dispute between several of the contributors – Max Horkheimer, Friedrich Pollock and Franz Neumann were the main ones involved – is one of the highlights of the first generation of critical theory. The reception of the debate in academia has long crystallized in a dualistic interpretation, according to which the core of the debate – the question of the type of capitalism prevailing in Germany and its relation to the foundations of the liberalism it was to replace – would have pitted the pair of directors of the Institut, Pollock and Horkheimer, against a thinker peripheral to the institution, Franz Neumann. The article tries to defend a different interpretation, according to which each of these thinkers should be understood as a voice of his own, in agreement and disagreement with his collaborators depending on the issue at hand. The article tries to show closeness between the ideas of Horkheimer and Neumann, or disagreements between Pollock and Horkheimer, which have been overlooked by the usual interpretation of the debate.

Keywords: state, capitalism, national socialism, authority, rationality, monopoly.

A mediados de 1934, un año después de la toma del poder por parte del NSDAP, el Instituto para la Investigación Social de Frankfurt desembarcó en Estados Unidos. La historia de la institución es conocida. Desde la toma de posesión de Horkheimer, en 1931, el Instituto había organizado su actividad en torno a un proyecto de carácter multidisciplinar que tenía por objetivos tanto la reactivación del pensamiento marxista frente a su osificación en los cuadros del movimiento obrero como la realización de una panorámica del estado de conciencia de las masas trabajadoras, así como una radiografía de los cambios que el nuevo modo de producción taylorista-fordista había introducido en las dinámicas sociales. Las bases teóricas de esta corriente eran la historia de la filosofía, en la que Horkheimer, Löwenthal o Marcuse se habían formado, y el psicoanálisis, cuyo peso era cargado inicialmente por Erich Fromm, así como el propio pensamiento marxista, extraacadémicamente presente en todo el ambiente de Alemania tras el fin de la Gran Guerra.

Durante la primera mitad de la década de los treinta, el círculo de Horkheimer ostentó en soledad el predominio dentro del Institut, solo contrapesado por figuras

de la etapa precedente de la institución, como Henryk Grossmann, representantes de una intelectualidad más cercana a la historiografía obrera, en el sentido que el primer director, Carl Grunberg, había pretendido.

A partir de 1934, sin embargo, más y más refugiados alemanes fueron construyendo en los Estados Unidos una réplica a pequeña escala de las comunidades intelectuales de Weimar. Para 1938, la plantilla del Institut había sufrido cambios de importancia: junto al declive del hasta entonces influyente Fromm, surgió contrapuesta la figura de Theodor W. Adorno, que había llegado a Nueva York ese mismo año después de su exilio en Londres. Aparte de él, el Instituto buscó ampliar sus áreas de influencia contratando a tiempo parcial a dos pensadores, Franz Neumann y Otto Kirchheimer, cuya formación como juristas representaba una novedad en los perfiles intelectuales del Institut¹. Ellos fueron los representantes de una segunda línea de pensamiento del Institut, inasimilable al núcleo interno en múltiples aspectos. Unidos por el interés común en una radiografía radical de la sociedad burguesa y, en estos años, por comprender teóricamente el fenómeno del fascismo, Kirchheimer y Neumann partían, no obstante, de planteamientos sustancialmente diferentes. Educados como alumnos de algunas de las figuras principales de la jurisprudencia de Weimar, radicalizados políticamente, al igual que Pollock y Horkheimer, a partir del final de la Gran Guerra, habían canalizado sus intereses políticos y teóricos a través de la militancia en las alas radicales del SPD. El interés teórico de sus investigaciones pasaba por registrar la mutación de las funciones del Derecho Constitucional, plasmado en la Constitución de Weimar², en una época de enormes cambios económicos y sociales, así como por abrir vías para presionar la democracia parlamentaria en favor de los intereses de las clases trabajadoras.

El ascenso del nacionalsocialismo supuso para los autores del Institut la conclusión de muchos procesos que la economía marxista llevaba registrando desde finales del siglo XIX: los enormes procesos de concentración de capital que mutilaban el campo de la competencia libre en favor del surgimiento de grandes oligopolios tanto en Europa como al otro lado del Atlántico; los procesos de despersonalización

¹ Horkheimer conoció a Neumann en 1936, durante un breve viaje a Europa. Aparte de sus contribuciones teóricas, fue el encargado tanto de gestionar los fondos bibliográficos del Instituto que quedaban allí como de resolver los asuntos legales de la institución.

² Neumann estudió bajo la dirección de Hugo Sinzheimer, padre de alguno de los artículos más radicales de la Constitución. De Otto Kirchheimer siempre se dijo que fue el alumno predilecto de Carl Schmitt, que se convertiría en una de las figuras principales de la judicatura nazi.

de las relaciones sociales y burocratización de las instituciones, que acompañaron la nueva y necesaria gestión estatal ampliada; la atomización de unos individuos integrados política y culturalmente bajo las nascentes sociedades de masas; la erosión tanto de la esfera privada de la vida como de las instituciones y esquemas de relaciones sociales que habían florecido en el capitalismo privado decimonónico. Las mutaciones en la forma de organización social en la que la generación de los padres de los autores del Institut había vivido se situaron en el centro de los intereses de la institución en el momento en que la victoria del régimen nazi, por sorpresa para muchos, selló el destino de la vieja Alemania y de la joven sociedad weimariana.

La cuestión de la naturaleza política y económica del régimen que el nazismo llevaba casi una década desarrollando en Alemania enfrentó internamente a los asociados del Institut. Este enfrentamiento no ha sido pasado por alto en los tomos dedicados a recoger la historia de la teoría crítica, donde ha sido reseñado con frecuencia. Esta recepción ha acabado por dar lugar a diversos comentarios y reappropriaciones, y el debate sobre el Estado nacionalsocialista ha terminado por transformarse en un relato forjado a partir de lugares comunes. Según este, en el seno del Institut se produjo una confrontación a dos bandos entre el núcleo y la periferia de la teoría crítica: por un lado, Neumann, en alianza principalmente con Otto Kirchheimer, Herbert Marcuse, y Arkadi Gurland, habría defendido la idea de que el régimen nacionalsocialista era, de una parte, un nuevo modo de organización del capitalismo monopolista; en un segundo momento, representaba una ruptura con respecto a toda la tradición política moderna, la ilustrada en especial. Constituía una aberración, ajena por completo a los órdenes liberales democráticos. En oposición a ellos, desde el núcleo del Institut, sus dos directores, Pollock y Horkheimer, habrían mantenido la idea de que, si bien el orden nacionalsocialista representaba efectivamente un nuevo estadio del proceso de desarrollo capitalista, era este un estadio en el que el núcleo del capitalismo como era conocido hasta entonces tocaba a su fin. Mediante las nuevas herramientas de planificación estatal, la gestión económica del capitalismo era un problema resuelto. La anarquía del mercado- origen de las contradicciones que daban alas a la posibilidad del colapso según la teoría marxista clásica- era sustituida por un control directo por parte del Estado, dando como resultado la desaparición del mercado y la eliminación de la esfera de la circulación tal como la describía la economía política clásica. Paralelamente, este nuevo estadio no se encontraba en oposición a la historia de la teoría

política burguesa nacida en 1789; lejos de ello, el orden del fascismo constituía la última fase de un despliegue lineal, en la que el fascismo era simplemente el resultado último de los fundamentos internos del orden burgués.

Este resumen de la esencia de la disputa ilustra la comprensión usual que se ha tenido en la academia acerca de este momento de la historia de la teoría crítica. Como relato construido a partir de sucesivas interpretaciones, combina una porción de verdad con un conjunto de reduccionismos de peso no despreciable, que han contaminado los detalles de la constelación de problemas teóricos a los que los autores pretendían originariamente dar respuesta. Mientras que las conclusiones del debate son dogmáticamente repetidas, no se ha dedicado un trabajo serio a la exposición de los elementos concretos analizados por Neumann o Pollock, tales como el aparato económico, el papel de la ideología y el discurso, o la composición de la estructura social.

Un trabajo de esa envergadura queda fuera de los objetivos del presente artículo³. En su lugar, se pretende seleccionar un conjunto de cuestiones presentes en el diálogo a tres bandas entre Pollock, Horkheimer y Neumann, que, guiadas por la clave de la interrogación por la nueva forma del Estado, puedan iluminar tanto la coherencia y contexto de sus aportaciones como ofrecer una interpretación diferente del núcleo de sus divergencias teóricas.

1 LA FIGURA DEL ESTADO

En la primera parte de su obra magna, *Behemoth*, Neumann diseccionaba diversos aspectos de la ideología y el discurso del Reich, tales como la fundamentación de su teoría política, el perfil psicológico de su líder o sus ideas acerca de la cuestión racial. Allí también, no obstante, se dedicó a combatir algunas de las interpretaciones más comunes sobre la forma estatal de Alemania.

Uno de los ejes comunes de la interpretación asentada del debate ha sido la afirmación de Neumann acerca de la inexistencia del Estado en Alemania. Debe notarse, no obstante, que el *Behemoth*, ese monstruo sin orden interno, es tan solo el punto de llegada del análisis de Neumann, y no la premisa del mismo:

Muchos observadores competentes han llegado a la conclusión de que como la teoría política y constitucional nacionalsocialista se halla en un estado de flujo, no puede afirmarse nada de modo definido. Nuestra tarea será mostrar que no es cier-

³ Para un primer intento de responder a esa tarea, puede consultarse Pazos Pascual (2020).

to, que hay un módulo definido de teoría política y constitucional, aunque no encaja en las categorías racionales que conocemos (Neumann, 1943: 97).

La afirmación de la inexistencia de una teoría política racional, coherente, que da su fundamentación a la negación del Estado, vendría solo tras el análisis completo de los mecanismos de actuación estatal en materia económica, política y social. No fue ofrecida como contrapartida a las interpretaciones existentes en la comunidad alemana sobre la figura del Estado alemán, que lo encuadraban bien bajo la idea del Estado total, bien bajo la figura del Estado dual. Con respecto a la primera, uno de los principales intentos de Neumann consistió en poner límites a la fácil caracterización del autoritarismo nazi como una prolongación irrestricta del poder estatal.

La tesis del Estado total no era una mera fantasmagoría, tal y como el *Behemoth* no era evidente; los enormes procesos de concentración de capital, así como la lucha ideológica del partido nazi contra la doctrina liberal, ofrecían buenas razones para la permisividad frente al desarrollo y despliegue del Leviatán. Como consecuencia del monopolio, por tanto, e igualmente como consumación del proceso ‘tardomoderno’ (Neumann) de difuminación entre el poder legislativo y ejecutivo, la tesis del Estado total reflejaba la realidad (ibíd.: 73). Sin embargo, la estricta separación entre la judicatura del partido y otros brazos del poder estatal (muy especialmente la alta burocracia y el ejército, así como la entera esfera privada de los negocios), revelaba la inadecuación de una lectura unidireccional del crecimiento del poder del Estado, que era limitado por la autoridad del NSDAP en múltiples frentes.

Correlativamente, la interpretación de una sustitución, o fusión, entre el Estado y el NSDAP no podía ser sostenida, en la medida en que el partido, en los ámbitos relativos al control del trabajo, así como las administraciones civiles y militar, se encontró supeditado –hasta la ausencia– al poder estatal (ibíd.: 93 y ss.) Al final, Neumann mostró en *Behemoth* como la propia idea del Estado total fue perdiendo peso e importancia de forma progresiva dentro del partido (ibíd.: 86).

La hipertrofia estatal era un fenómeno tan evidente que no fue problematizado por un autor como Pollock, ocupado en erigir un análisis del capitalismo de Estado como tipo ideal, fundamentalmente a partir de sus determinaciones económicas. Las mayores divergencias entre Neumann y Pollock residían en la forma del aparato económico alemán, que comentamos más adelante. En el texto de *Capitalismo de Estado*, la proliferación del intervencionismo estatal fue aceptada como el

hecho evidente que era.

Horkheimer, por su parte, siempre entendió los procesos de hipertrofia estatal desde una posición menos imparcial. Aunque Neumann o Pollock no eran ingenuos defensores de las bondades del intervencionismo, su formación como técnicos administrativos les condujo a admirar en ocasiones la eficacia resolutoria de los órdenes estatales⁴, y a soñar peligrosamente con la posibilidad de su adaptación a un orden racional de la sociedad. En Horkheimer, la admiración por la potencia de control social de los Estados de la primera posguerra siempre estuvo teñida de horror. *El Estado autoritario* es probablemente el mejor ejemplo de esta posición antiestatalista, que veía en la defensa del Estado el punto de conexión entre Robespierre y Hitler (Horkheimer, 2016: 17), el foco de la desactivación instrumentalización total del movimiento obrero (Horkheimer 1976: 99) y el lugar en que confluían la fetichista herencia filosófica del pensamiento moderno con la nueva dominación fruto del desarrollo técnico.

Solo en las conclusiones de la obra Neumann decretó el *Behemoth* como la figura apropiada para Alemania. La razón última de este *dictum*, aunque apoyada en todo el análisis empírico realizado en la obra, se situaba en la cuestión del carácter de la teoría política. Por muy diferentes corrientes y orientaciones que los Estados modernos hubiesen podido adoptar, al menos compartían un rasgo: el carácter racional de su teoría política, acompañado de su herramienta de aplicación, el Derecho y la generalidad de la ley. Por racional, Neumann entendió aquí el sentido más plano, de justificación teórica y de compromiso real, por parte de los partidarios de la doctrina en cuestión, con los dictados de dicha teoría (que son, acertadamente o no, considerados como los mejores y más apropiados).

Si el nacionalsocialismo no podía presentar ninguna teoría política como propia era precisamente a causa de su inherente irracionalidad, que le impedía apoyarse tanto en el racionalismo de Hobbes, como en el legado de los contrarrevolucionarios católicos admirados por Schmitt, como en toda otra teoría política de las que, no obstante, hacía contantemente usos puramente instrumentales, tales como el relativismo o el pragmatismo (Neumann, 1943: 508, 509). Si los nazis podían arrojarse una teoría política propia, habría de ser por fuerza una antimoderna, de carácter irracional. Neumann, no obstante, decretó como imposible esta tarea: “una teo-

⁴ La investigación de Neumann sobre la estructura económica del Reich parte burlescamente de la experiencia originaria de la filosofía: “Los éxitos de la economía alemana son asombrosos [...] todos los observadores están de acuerdo en emitir este juicio” (Neumann, 1943: 254).

ría política no puede ser no-racional” (ibíd.: 512).

Sin una derivación racional del poder político y sin una estructura jurídica acorde, basada en la generalidad formal y el imperio de la ley, Neumann no encontró razones para hablar de la existencia del Estado en Alemania. El régimen nacional-socialista se revelaba como un no-Estado, como un *Un-Staat*.

2 POLLOCK Y NEUMANN: LA ESTRUCTURA ECONÓMICA DEL REICH

El análisis económico del Reich no constituye solo el cuerpo central del *Behemoth*, sino el núcleo del debate entre Neumann y Pollock. Desde el inicio de la guerra muchos de los intelectuales del Institut produjeron artículos que incluían el sintagma ‘capitalismo de Estado’ en sus títulos. Ya en 1933 Pollock había hecho referencia a un nuevo ‘capitalismo estatal’ que surgía como resultado frente al crack del 29 (Wiggershaus, 1995: 280). Horkheimer escribió en 1940 un texto –originalmente llamado *Capitalismo de Estado* y que fue finalmente publicado como *El Estado Autoritario*– donde profundizaba ideas del artículo sobre los judíos de 1939, y establecía el capitalismo estatal como una nueva fase histórica que sucedía al liberalismo. En 1941, tanto el número anual de los *Studies in Philosophy and Social Science*, como una serie de conferencias en la Universidad de Columbia tuvieron como objeto el capitalismo de Estado. Incluso el artículo de Neumann en los *Studies* analizaba el movimiento obrero ‘bajo el Capitalismo de Estado’.

El desencuentro entre las ideas de Pollock y Neumann se había fraguado en los meses anteriores a la publicación, cuando el artículo fue revisado por diversos miembros del círculo interno del Institut. La correspondencia de los autores en este periodo desmonta fácilmente la interpretación simplificada del debate, según la cual Neumann, el asociado, se habría enfrentado a los dos directores del Institut, Pollock y Horkheimer. En realidad, todo el círculo interno de Horkheimer tuvo severas críticas hacia las ideas de Pollock. Löwenthal, Adorno, y el propio Horkheimer tuvieron, directa o indirectamente, palabras con Pollock acerca del contenido de su estudio. Neumann atacó la falta de una teoría de la transición al capitalismo de Estado desde el liberalismo monopólico; Adorno y Horkheimer se alarmaron especialmente por el tratamiento simplista de las ideas de *El Estado Autoritario* y por la confianza que llegaba a demostrar en la capacidad del nuevo régimen para servir de bisagra a una sociedad emancipada.

Para el momento en que Neumann finalizó la redacción de *Behemoth*, en 1942,

el texto de Pollock ya había sido publicado en los *Studies*. Por tanto, aparte de expresar –sin éxito– sus preocupaciones a Horkheimer, Neumann solo pudo presentar por escrito en *Behemoth*, sin nombrarle directamente, un resumen de las posiciones de Pollock:

Existe una tendencia creciente a negar el carácter capitalista del nacionalsocialismo [...] según esta escuela, en Alemania ya no hay empresarios, sino solo gerentes [...] se ha suprimido el mercado [...] los precios son administrativos y también los salarios. Por tanto, ya no funciona la ley del valor [...] el poder al que está sometido el obrero ya no es económico. Es una explotación política [...] Se ha sustituido el incentivo de la ganancia por el incentivo de poder (Neumann 1943: 254).

Excepto la primera frase de esta descripción⁵, todas las posiciones descritas aquí por Neumann son presentadas por Pollock, y constituyen los fundamentos efectivos de su famosa teoría de la primacía de lo político.

En *Behemoth*, Neumann adujo dos opciones para desbancar la teoría del capitalismo de Estado: “la primera consistiría en deducir teóricamente la imposibilidad de semejante estructura; la segunda, en mostrar con detalle la estructura [...] Nos proponemos seguir sobre todo el segundo método” (ibid.: 256). En efecto, el primer método no le reportó a Neumann muchos argumentos de peso⁶. La demostración teórica de la imposibilidad del capitalismo de Estado, que le llevó a definir la propia expresión como una *contradictio in adiecto*, se reducía a afirmar que un Estado que poseyese todo el capital, quebraría la lógica de la circulación, pilar del sistema capitalista: “una vez que el Estado ha llegado a ser el único propietario de los medios [...] semejante Estado ya no es capitalista” (Ídem.) Sin embargo, esta vía no ofrecía un punto de partida para confrontar a Pollock, que en las primeras páginas de *Capitalismo de Estado* se cuidó de señalar el hecho obvio de que “la palabra capitalismo de Estado [...] podría entenderse que denota una sociedad en la que el Estado es el único propietario de todo el capital, y esto no [es lo que] significa [...] para quienes lo utilizan” (Pollock, 2019, 47) Optando entonces por la segunda vía, Neumann trató de presentar una imagen detallada de la superficie económica de

⁵ Pollock nunca negó el carácter capitalista del nacionalsocialismo; Neumann, de hecho, le criticaría por ser incapaz de definir correctamente el funcionamiento de un capitalismo que había desactivado la ganancia como el motor fundamental –capitalismo cuya existencia, por tanto, no era negada en modo alguno–.

⁶ Discrepo aquí con la lectura de Wiggershaus, que ve ambas vías de crítica de forma interconectada (Wiggershaus, 1995: 284)

Alemania que disputase la tesis de Pollock al nivel de las tendencias empíricas.

Desde luego, no faltaban aspectos en los que Neumann y Pollock coincidían. El debate entre ellos nunca partió tanto de diferentes imágenes de la realidad de Alemania –a pesar de que Neumann criticase la ceguera de Pollock– sino de las interpretaciones y lecturas de procesos en ocasiones evidentes. La acelerada monopolización, así como la cartelización obligatoria de las empresas, fueron reseñados por ambos (Neumann, 1943: 300) (Pollock, 2019: 107). Igualmente compartida era la idea de que el intervencionismo estatal era un remedio contra los efectos más lacerantes de un liberalismo monopolizado. Neumann, Pollock y Horkheimer advirtieron con una sola voz de que los efectos calmantes del pleno empleo nazi como medida de paz social no debían ser subestimados. Esta lectura les condujo a la afirmación de la improbabilidad de un colapso económico del régimen. Pollock y Neumann, además, coincidieron en señalar el mercado de trabajo como la esfera más absolutamente subsumida bajo el nuevo poder estatal. El hecho de que el Estado hubiese “alcanzado ya el límite máximo de control en este terreno” (Neumann, 1943: 376) corroboraba la idea de Pollock de que el salario había perdido su función liberal, la de distribuir la fuerza de trabajo en el mercado (Pollock, 2019: 95)

Sin embargo, en muchos otros aspectos, Neumann se opuso frontalmente a Pollock, bien en su interpretación de los hechos, bien asombrado por la ausencia de hechos que avalasen dicha interpretación.

En primer lugar, Neumann se confrontó con el concepto guía con el que Pollock definía las economías planificadas: el concepto de plan general. Pollock, al tanto de las investigaciones sobre el Estado alemán, se apresuraba a asegurar la inexistencia de un plan similar en Alemania, pero argumentaba a favor de los intentos de su construcción⁷. Neumann, en línea con su interpretación del carácter caótico, anárquico, del orden alemán, respondía que “la economía alemana no se ajusta a ningún programa, no se basa en ninguna doctrina coherente” (Neumann, 1943: 260). De hecho, si la tesis de la primacía de lo político sobre lo económico tenía algo de cierto, solo era el hecho burlón de que el NSDAP había sido, desde siempre, reticente y hostil a la promulgación de una doctrina económica oficial y definida (ibíd.: 264-265).

⁷ “No tenemos la información de que exista un plan general en la Alemania nazi [...] En su lugar, se encuentra el objetivo de armar uno de la manera más rápida y eficiente posible, con el pleno uso de todos los recursos” (Pollock, 2019: 95).

Algo similar ocurría en sus respectivos análisis sobre la estructura de las organizaciones económicas y las instituciones gubernamentales. Pollock había destacado los inmensos procesos de racionalización de la estructura económica, y los había ligado rápidamente a una valoración plana de su mayor eficiencia con respecto a la vieja organización liberal, entendiendo el conjunto como una actuación deliberada de las clases dominantes. Neumann no dejó de presentar los cambios ocurridos en la estructura económica como un resultado de varios factores, entre los cuales la preparación bélica tenía un peso tan grande como la pervivencia y coacción impersonal de las contradicciones del capitalismo. La economía planificada no era una muestra del triunfo del orden autoritario sobre la anarquía liberal, sino un recubrimiento de sus mudas coacciones. “El mercado, lejos de abolirse, funciona bajo tierra” (ibid.: 351).

Estos hechos ponían en cuestión una línea argumentativa central para el análisis de Pollock: la tesis de la instauración de una dictadura de gerentes, de un régimen opuesto al capitalismo liberal en el que la figura del capitalista había sido reducida a la de un arrendatario (Pollock, 2019: 60) y en el que la categoría de la propiedad iba perdiendo cada vez más fuerza como reguladora del ordenamiento social: “Bajo el capitalismo de Estado, los hombres se encuentran como comandantes y comandados; la medida en la que uno puede mandar o tiene que obedecer depende [...] de su posición en la configuración política y solo de manera secundaria en la medida de su propiedad” (ibid.: 58). Aunque Pollock no era ingenuo con respecto a la continuidad y conveniencia de sectores de la clase dominante (altos industriales, bancos) con el aparato del Estado, en su análisis prácticamente planteó la posibilidad de una sustitución total de los viejos capitalistas por gerentes y administrativos estatales llegados al poder por medios políticos.

En primer lugar, Neumann señaló la unidireccionalidad del argumento de Pollock. Por cierto, que fuese que en el capitalismo posliberal el contacto estrecho con el poder político era un requisito indispensable, la realidad era que gran parte del poder político del Estado seguía en manos de grandes representantes de la propiedad privada. El gran capital había financiado al NSDAP, y se había congraciado con él. Simultáneamente, aunque la doctrina del NSDAP establecía una autonomía del mundo económico respecto del partido, individualidades del mismo habían hecho carrera en la alta industria desde 1933⁸. Neumann rechazó las tesis de Pollock acerca de la sustitución de capitalistas por gerentes, defendiendo la plena

⁸ El conglomerado industrial de Hermann Göring es el ejemplo más representativo.

continuidad de los capitalistas privados: “Otto Wolff, Friedrich Flick y Günther Quandt⁹ no son gerentes, sino grandes capitalistas. No son rentiers de los que a final de año cortan los cupones de dividendos de sus acciones y los hacen efectivos” (Neumann, 1943: 326).

En conclusión, para Neumann los procesos de burocratización conllevaban una destrucción de las relaciones directas entre la propiedad y el mundo, y la instauración de mediaciones burocráticas¹⁰ en cada paso de la vida social. Esta despersonalización de las relaciones podía confundirse con una desaparición de la propiedad privada, cuando en realidad solo un velo burocrático de nuevas instancias se interponía entre los gobernantes económicos reales y el mundo en el que actuaban (ibíd.: 326).

El último eje del análisis de Pollock que Neumann deseaba combatir era el papel de la ganancia. Mostrar que el capitalismo se alejaba de las coordenadas del liberalismo pasaba por determinar que la ganancia económica había dejado de ser el motor del sistema.

La lectura de Pollock sobre el papel del ánimo de lucro y de las ganancias en el capitalismo de Estado constituye uno de los aspectos más contradictorios y ambiguos de su aportación. En *Capitalismo de Estado* afirmó que los intereses de lucro, como el resto de aspectos de la esfera económica, estaban subordinados a lo establecido por el plan general (Pollock, 2019: 54). Unas páginas después, adoptando un enfoque más amplio, estableció que el ánimo de lucro desaparecía para ser sustituido por el ánimo de poder (político)¹¹, y que el propio lucro era un marco de referencia liberal inoperante en el nuevo orden.

Los análisis empíricos de Neumann y otros autores habían advertido a Pollock sobre la existencia de enormes ganancias para los empresarios del Reich. Pollock admitió el carácter paradójico de su afirmación al destacar que, a pesar de la cuantía de las ganancias, estas habían perdido su función principal bajo el liberalis-

⁹ Wolff, Flick y Quandt dirigieron importantes combinaciones industriales en la Alemania nazi. Como ejemplo de que la competencia -entre arios- no había muerto, sino que solo había desaparecido su carácter liberal, Neumann citó en varias ocasiones el caso de un industrial caído en desgracia, Fritz Thyssen, cuyos negocios fueron absorbidos por Göring, y que partió al exilio argentino.

¹⁰ Horkheimer, por su parte, caracterizó el nuevo capitalismo posliberal como un sistema que había eliminado por completo las mediaciones liberales. Esta antítesis tiene a su base las distintas ideas de ambos autores acerca del modo de dominación que caracterizaba el nuevo orden, que comentaré más adelante.

¹¹ Neumann no ha sido el único en criticar la fragilidad e indefinición de la pareja de conceptos lucro (beneficio)/poder en el texto de Pollock. Momentos como este demuestran que las ideas de *Capitalismo de Estado* no eran del todo coherentes en ocasiones.

mo, la dirección de los flujos de capital (ibíd.: 54). Para explicarse, tuvo que remitir a la idea de que, en el nacionalsocialismo, la producción perdía su carácter mercantil –ligado para Pollock a la idea de un mercado autorregulado– y se transformaba en una producción de objetos de uso, y no de mercancías. A pesar de su rechazo a la posibilidad de que esta producción para el uso constituyese un rasgo emancipatorio, sin duda esta conclusión constituye uno de los desenlaces más insatisfactorios de su teoría, y parece dar la razón a Neumann cuando afirma que los partidarios del capitalismo de Estado compartían la visión del fascismo sobre el liberalismo (Neumann, 1943: 255), por cuanto las razones de Pollock para mantener la etiqueta de capitalista para el régimen nazi parecían disolverse en momentos como este¹².

Horkheimer, implícitamente, se mantenía igualmente cercano a Neumann en este aspecto; su defensa del carácter capitalista del Reich siguió siendo la clave para la lectura de sus textos¹³. Estas palabras que Neumann escribió con respecto a los controles de precios, que interpretaba como meros espejismos jurídicos que permitían el pleno funcionamiento de un mercado oligopólico, podrían haber sido escritas por el director del Institut, en la medida en que sus ideas con respecto a la ilusión óptica por la cual los mecanismos de la dominación burguesa pervivían en Alemania eran plenamente compartidas: “El control de precios organiza y apresura el proceso de selección que tiene lugar en la economía de competencia” (ibíd.: 352).

Las conclusiones del análisis económico de Pollock son de sobra conocidas. El fin de la era del liberalismo y el triunfo de la primacía de lo político conllevaba la instauración de un modelo de capitalismo cuya esencia había mutado profundamente; la anarquía del mercado era sustituida por una gestión estatal de carácter técnico; las leyes económicas que Marx hubiera podido alguna vez descubrir, habían quedado desactivadas. Pollock fue más allá que ningún otro al afirmar, implícitamente, el fin de los conceptos centrales de la crítica de la economía política, tales como el valor y la mercancía. El enorme potencial de la capacidad de gestión técnica apoyaba la imagen de un verdadero capitalismo conciliado, libre de contradicción sistémica, de un núcleo irracional que constituyese la posibilidad de su

¹² En el párrafo siguiente, Pollock no pudo evitar contraponer la “economía capitalista” al nacionalsocialismo.

¹³ Baste recordar la frase más famosa de *Los judíos y Europa*: “Quien no quiera hablar de capitalismo, debería callar también sobre el fascismo” (Horkheimer, 2016: 2)

superación¹⁴.

Neumann criticó horrorizado esta visión de Pollock del capitalismo de Estado, por cuanto parecía dar un apoyo teórico a la posibilidad real de un Reich de mil años. Paradójicamente, las páginas de *Capitalismo de Estado* no dejaban de presentar el nuevo orden bajo su hipotética gestión democrática, y afirmaban como tarea futura la investigación de las posibilidades de reconversión de una economía planificada de cara a la emancipación social.

Ya deberían haberse hecho claras las profundas objeciones de Neumann a estas ideas. Por compartido que fuese el análisis sobre las mutaciones del orden económico y el fin del liberalismo de Weimar, Neumann rechazaba de plano los elementos que para Pollock fundamentaban el cambio de paradigma, y afirmaba que la posición central que ocupaba el Estado en la gestión de un mercado en modo alguno desaparecido era “el único significado posible de la primacía de la política sobre la economía” (Pollock, 2019: 86-87).

En todo momento en que tuvo que recapitular los resultados de su análisis Neumann se preocupó en destacar la continuidad del sistema capitalista en Alemania: “se ha restringido mucho el automatismo del capitalismo libre, precario aun en un régimen democrático de capitalismo monopolístico. Pero el capitalismo subsiste” (Neumann, 1943: 294).

Asimilar la posición de Horkheimer a la de Pollock en este punto es uno de los errores más graves de la interpretación usual del debate. Mientras que en Pollock, aún bajo el paraguas del tipo ideal, realmente se ofrece la imagen de un capitalismo pulido, libre tanto del peligro del colapso económico como de la contradicción sistémica, en la obra de Horkheimer pueden encontrarse continuas referencias en la dirección opuesta. Leer en sus textos que “la reproducción de lo existente por vía del mercado de trabajo se vuelve ineficiente” (Horkheimer, 2016: 5) no debería llevarnos a alinear rápidamente a los dos directores del Institut (por cuanto la ineficacia del mercado autorregulado para controlar los efectos perniciosos derivados de los ciclos del capital, como el desempleo masivo, también era un punto reconocido por Neumann, y no implica adhesión a la desaparición del mercado defendida por Pollock).

Por lo que respecta a la idea de un capitalismo aporoblemático, Horkheimer siempre se mantuvo distante de Pollock, y más cercano a las opiniones de Neu-

¹⁴ “Al analizar la estructura del capitalismo de Estado soy incapaz de descubrir las fuerzas económicas inherentes que impiden el funcionamiento del nuevo orden” (Pollock, 2019: 112).

mann acerca de la continuidad de las contradicciones económicas. “A pesar de la denominada ausencia de crisis –escribió– no existe armonía alguna” (Horkheimer, 1976: 105). La completa racionalización, en sentido weberiano, que conllevaba el paso al capitalismo autoritario nunca tuvo para Horkheimer el carácter de mayor racionalidad que puede ser intuido en las opiniones de Pollock, quien solo necesitaba salvar al capitalismo de Estado de su gestión autoritaria por parte del NSDAP. En el mismo sentido ha de entenderse la afirmación de *El Estado Autoritario* según la cual “el capitalismo estatal elimina el mercado e hipnotiza la crisis por la duración de la Alemania eterna” (ibíd.: 98). Incluso el formalista Neumann se vio obligado a escribir una tercera parte para su *Behemoth*, en la que analizar los medios por los cuales el régimen nacionalsocialista conseguía perpetuar el ejercicio de una palmaria irracionalidad, sin oposiciones internas de importancia. El análisis de Horkheimer, cortado por el patrón de su propio modelo de teoría crítica, intentó mostrar el modo según el cual las contradicciones del capitalismo, que no habían desaparecido en modo alguno, se volvían no obstante progresivamente más irreconocibles al calor de la gestión estatal del aparato económico: “En lugar del agujereado velo del dinero, interviene el de la técnica, aún más grueso [...] más naturales, más inevitables, parecen las crisis [...]” (Horkheimer, 2000: 114).

3 NEUMANN Y HORKHEIMER: LA TEORÍA DE LOS RACKETS

La insistencia en la pervivencia una forma capitalista plenamente operativa no fue el único momento en que las opiniones de Horkheimer y Neumann coincidieron. En su análisis sobre la composición social del Reich, Neumann entroncó con el núcleo central de las reflexiones de Horkheimer sobre la nueva dominación surgida tras la Gran Guerra: La ‘teoría de los rackets’¹⁵. Nunca recogida y sistematizada, la teoría de los rackets es más una clave de comprensión del fenómeno de la dominación de clase posparlamentarista que una teoría de cuerpo desarrollado. Para Horkheimer, la dominación ejercida por la clase dirigente en las nuevas formaciones sociales había tomado su modelo de las organizaciones ilegales que, bajo el parlamentarismo liberal, operaban en la clandestinidad, tales como la mafia italoamericana y otras organizaciones criminales que proliferaron en algunos lugares de Europa y Estados Unidos durante el periodo de entreguerras. Bajo las normas de

¹⁵ Esta palabra inglesa, que significa ‘estafa’, remite a grupos organizados de extorsión, que proporcionaban protección a cambio de dinero.

las organizaciones de gánsteres, toda actuación delictiva era resuelta mediante códigos paralegales, en una estructura personalista y clientelista en la que primaban las relaciones de fuerza frente a cualquier otro código.

La perversión de todas las formas legales del parlamentarismo, junto con la asunción completa del principio de liderazgo para grandes partes de la clase dirigente y la práctica establecida del terror y el chantaje como medios políticos, convertía la forma de actuación de las organizaciones criminales, que habían subsistido en los márgenes del liberalismo durante su época de esplendor, en el nuevo modelo de dominación para el capitalismo posliberal:

El monopolio hizo estallar de nuevo esos límites, y con él regresa la dominación a su esencia propia, que solo subsistía en toda su pureza precisamente allí donde la inhumanidad encontró el escondrijo que le había dejado una forma más humana de dominación: entre los miserables Rackets y las mafias de las grandes ciudades (ibid.: 102).

No es difícil ver la cercanía de estas ideas con la imagen que Neumann había presentado en *Behemoth* de la actuación de los líderes del NSDAP y de otros grupos de poder. También en su obra calificó a estos como verdaderos gánsteres. Esta idea lo llevó, acompañado de Pollock y Horkheimer, a preguntarse por el pegamento capaz de unir a una nueva clase dominante cuyo carácter, a diferencia de modelos previos del orden social, era enormemente heterogéneo, y cuyos intereses eran solo temporal y superficialmente comunes. “¿Podrá la identidad de intereses transitorios resistir la presión de un egoísmo brutal [...]?” (Neumann, 1943: 439). La imagen que ofrecía la clase dirigente era cercana a la teoría de los rackets en la medida en que las alianzas de poder político y económico eran frágiles y temporales, careciendo de sustrato más allá de la concordancia de los fines particulares:

Estos diversos estratos no se mantienen unidos por una lealtad mutua. ¿A quién la tendrían, después de todo? No al Estado, pues este ha sido abolido ideológicamente y, hasta cierto punto, en la realidad. [...] La adoración por el Führer no es un sucedáneo adecuado, porque el carisma de este se desvanecerá [...] En cuanto a conceptos tales como libertad e igualdad, es dudoso que fueran alguna vez la base de una lealtad mutua, pero desde luego no lo son hoy [...] Lo único que queda son las ganancias, el poder, el prestigio y sobre todo el miedo [...] En la actualidad, cada sector necesita de los demás (ibid.: 439).

En *Los judíos y Europa* Horkheimer se expresó igualmente sobre la fragilidad de

las alianzas en la clase dominante¹⁶. En consonancia con la lectura de Marx acerca del poder de las categorías de factura social que estructuraban el capitalismo, el momento en el que el poder anónimo del orden económico alcanzaba su pleno desarrollo, era también el momento en que el control humano sobre dicho poder se deshacía en sus manos, atomizando a la propia clase dirigente. En *Razón y autoconservación*, Horkheimer registró nuevamente la mutilación de la racionalidad a que los dirigentes del nuevo orden estaban compelidos:

Quién está llamado a grandes cosas no debe llevar en sí huella alguna de lo que la razón ha aniquilado en su autocritica. Debe encarnar la autoconservación de la mala totalidad, una autoconservación que se ha identificado totalmente con la destrucción de lo humano. Al comienzo de la historia del Racket moderno están los inquisidores y al final, los caudillos del aparato fascista (Horkheimer, 2000, 102).

4 ARCANUM DOMINATIONIS

En muchos momentos, la disputa entre las posiciones de Neumann, Pollock y Horkheimer no tenía en su base una imagen distinta de la realidad, sino un relato divergente sobre qué significado podía extraerse de dicho estado de cosas. Todo el análisis de la superficie política económica y social de Alemania, es un ejemplo: la divergencia de interpretaciones sobre los fenómenos del Estado alemán no trae consigo, de forma directa, la explicación de todas las conclusiones a las que Neumann o Horkheimer llegaron. La diferencia entre ellas era, en ocasiones, estrecha, algo que ha llevado a comentaristas del debate a ver este como poco más que una disputa onomástica acerca del mejor modo de nombrar un fenómeno que todos veían bajo la misma lente (Wiggershaus, 1995: 288).

No comparto esta opinión tan extrema. Por más que, por momentos, las diferencias entre los supuestos bandos parezcan escasas, puede demostrarse la existencia de implicaciones de muy diverso calado. Estas implicaciones se relacionan, como es lógico, con el trasfondo biográfico de los autores, que condicionó su visión sobre el fascismo. Este hecho no resta valor al análisis anterior, pues el material acerca de la situación en Alemania no deja de ser la piedra de toque sobre la que comprender la definición de Horkheimer del capitalismo estatal como el destino final de la sociedad de la mercancía, o la propia denominación de Neumann de la

¹⁶ “Alemania podría disolverse de la noche a la mañana en un caos de luchas de gánsteres” (Horkheimer, 2016: 14).

Alemania nazi como un *Behemoth*.

En las últimas páginas de su obra, Neumann señaló cual era el nuevo modo de dominación de esta forma de capitalismo monopólico autoritario. Hasta ahora, solo había incidido en el hecho de que, con la extensión de los procesos de burocratización, se había producido una proliferación de instancias mediadoras en lo que anteriormente fuesen relaciones directas de carácter personal. La gestión familiar, laboral, así como el ejercicio de las funciones ciudadanas se encontraban atravesadas de instancias burocráticas. Este fenómeno hablaba de la superficie del proceso. Sin embargo, al referirse al modo general de la dominación nazi, Neumann afirmó lo siguiente: “estamos ante una forma de sociedad en la que los grupos gobernantes controlan al resto de la población de una manera directa, sin que medie ese aparato racional aunque coercitivo que hasta ahora se conoce con el nombre de Estado” (Neumann 1943: 518). La proliferación de mediaciones burocráticas y la desaparición de las mediaciones liberales de carácter racional, se presentan como aspectos paradójicos, cuando resultan complementarios. Solo la influencia de las ideas de Horkheimer permite entender su tardía aparición en *Behemoth*.

La mediación burocrática en las relaciones sociales, combinada con la particular irracionalidad de la teoría política nacionalsocialista daba como resultado una forma de dominación perteneciente “al periodo primitivo de la absolución del Estado, en el que la ‘teoría’ no era más que un *arcanum dominationis*¹⁷ [...] una suma de artificios para conservar el poder” (Neumann, 1943: 513). El periodo liberal parlamentario había constituido un interludio, tras el cual la dominación burguesa había retornado a los métodos sangrientos y descarnados de su época fundacional.

Para 1939 Horkheimer ya había puesto por escrito que el fascismo había eliminado las mediaciones liberales en el proceso de dominación (Horkheimer, 2016: 4). En todos sus textos se hallan referencias a la idea de que el autoritarismo nazi constituía una vuelta a la dominación sangrienta de la época de fundación de los Estados-nación. La teoría de los rackets apuntaba también a este punto¹⁸. Igualmente suya era la idea de que el liberalismo había constituido un interludio (Hork-

¹⁷ Esta definición de la ley como *arcanum dominationis* fue el único componente feudal del nacionalsocialismo que Neumann mantuvo de su lectura en *The Rule of Law*, su tesis de 1935 (Neumann, 1986: 293).

¹⁸ “Antes, la sentencia [...] era anónima [...] concedió a las personas el honor de ignorarlas [...] el veredicto era humano en su inhumanidad. En el Estado del Führer, los que deben vivir y morir son designados intencionadamente” (Horkheimer, 2016: 19).

heimer, 2000: 102).

De nuevo, frente al relato que ve a Pollock y Horkheimer aunados para el enfrentamiento con las tesis de Neumann, un vistazo a los textos demuestra mayores cercanías entre los supuestamente enfrentados y mayores alejamientos entre los supuestamente unidos. Como señalamos antes, para Pollock el capitalismo posliberal había traído consigo una dominación de tipo personal, que él denominó política, y que sustituía no solo al liberalismo, sino también a buena parte del núcleo del orden capitalista. Paralelamente, en *Capitalismo de Estado*, Pollock alumbraba no obstante esperanzas de que el nuevo orden pudiese aun servir de bisagra para la emancipación social¹⁹.

Tanto Neumann como Horkheimer se enfrentaron a estas ideas. En lo referente a la continuidad de la dominación de clase, Neumann y Horkheimer disponían de mejores argumentos para su defensa, por cuanto rechazaron, aun desde distintas ópticas, las implicaciones más radicales de las tesis de Pollock²⁰.

Ambos coincidían igualmente en señalar el carácter directo, in-mediató, de la nueva dominación posliberal, a pesar de llegar por diferentes vías. Desde *Los judíos y Europa*, Horkheimer fue enlazando las ideas acerca de la dictadura de gerentes con los rasgos de la dominación directa. Paradójicamente, como escribió en *El Estado Autoritario*, el momento de la primacía de lo político, al coincidir con la era de la gestión técnica de un capitalismo aquejado de gigantismo repentino, convirtió el ejercicio de lo político en un fenómeno cada vez más impersonal. En su final, la era del poder político directo era, no obstante, la era del fin de la especificidad de los gobernantes, la era de la mutilación por parte del orden económico del carácter autónomo de los dirigentes. Acabó por ver la nueva dominación como la combinación de un mundo progresivamente administrado junto con el surgimiento de un nuevo tipo antropológico de individuo, un punto en el que Neumann no le siguió (Wiggershaus, 1995: 290). Aunque en varios momentos Horkheimer describió la nueva dominación social como simplemente el viejo modelo, ahora desenmascarado de su supuesta –e ideológica– justificación racional liberal, lo cierto es que no

¹⁹ “¿Puede el capitalismo democrático de Estado ser más que una fase transitoria que conduzca [...] a eliminar los remanentes del sistema capitalista?”. Por las críticas del resto del círculo de Horkheimer, Pollock había recortado su texto original, que debía ser aún más complaciente para con el capitalismo estatal (Pollock, 2019: 87).

²⁰ “Desaparece la economía, no su crítica”. Esta frase de *El Estado Autoritario* resume bien la posición de Horkheimer con respecto a Pollock, en la que la aceptación de las tesis sobre el fin de la circulación no iba acompañada de la asunción de un capitalismo plenamente gestionable y libre de contradicción sistémica (Horkheimer, 1976: 104).

pudo dejar de observar que detrás de la máscara no había otro sujeto que el propio poder anónimo del capital.

Leo Löwenthal ha insistido en que fue Franz Neumann el defensor más estricto del nazismo como nueva estrategia del capital monopolista, mientras que Horkheimer habría insistido en la necesidad de reseñar la novedad del nuevo orden (Dubiel, 1993: 80-81). A la vista de los textos, no parece fácil encuadrar a cada uno de ellos en unos márgenes tan estrechos. Horkheimer resaltó de forma continua la pervivencia del capitalismo en Alemania, y situó la gestión autoritaria del monopolio como la herramienta que permitía la aceleración de los ciclos de acumulación del capital. Neumann, por su parte, no dejó de señalar que el fenómeno no podía ser comprendido en un sentido tan unilateral. Por momentos, élites del NSDAP habían remado en contra de los intereses del gran capital y la plena identificación entre el partido y el interés de los grandes capitalistas era constantemente impedida por la heterogeneidad de la clase dirigente.

Hay, no obstante, un último aspecto en el que Neumann y Horkheimer si parecieron chocar frontalmente: el dictamen sobre la relación del nuevo orden con el liberalismo que había destronado. Como producto político irracional en su núcleo, como *Behemoth*, el régimen fue interpretado por Neumann en una dinámica rupturista con la tradición de pensamiento político ilustrado. La completa destrucción de la fundación racional del Derecho, así como la reinserción de elementos animistas en la vida política del Reich, determinaron el *dictum* de Neumann no menos que su propia comprensión de las posibilidades inherentes a la democracia representativa²¹. A pesar de la autocrítica realizada en *Behemoth* al papel de las organizaciones obreras en Weimar, su fracaso no modificó la confianza de Neumann en la posibilidad práctica del ejercicio de una democracia económica. A nivel teórico, tampoco pudo alterar el hecho de que, a sus ojos, el régimen nazi representase la quiebra y liquidación de una tradición política que, a pesar del carácter ideológico de su libertad, a pesar del formalismo aséptico y descarnado de la generalidad de su ley, constituía no obstante un encuadre más esperanzador para los intereses de la clase trabajadora que la subyugación irracional al poder y la arbitrariedad de las disposiciones jurídicas que habían tomado forma con el ascenso del NSDAP.

Horkheimer provenía de una tradición muy diferente. A pesar de la evidente

²¹ Frente a la temprana conciencia de Horkheimer acerca del peligro del fascismo, Neumann aun pudo escribir en 1929 que “las condiciones sociales se han transformado profundamente y se desarrollarán en favor de la clase trabajadora de año en año” (Neumann, 1978).

simpatía política y la colaboración práctica circunstancial con la extrema izquierda durante la república de Weimar²², el círculo que tomaría la dirección del Institut nunca se sintió impelido a defender los intereses revolucionarios a través de la militancia política en las organizaciones obreras²³. Nunca, de 1918 en adelante, mantuvieron cercanía alguna con los círculos en los que Neumann desarrolló su carrera profesional. Esta distancia, en la que se han basado las caracterizaciones del Institut como una institución ‘elitista’ de marxismo académico, no impidió que Horkheimer y sus colegas desarrollaran a lo largo de los veinte una conciencia profunda sobre los peligros del nacionalsocialismo, que, como Neumann relatase en *Behemoth*, cogió desprevenida a la entera estructura sindical de Weimar. Aun a fecha de 1942, el rechazo de Neumann al trabajo desarrollado por el Institut desde 1934 le avocó a una comprensión demasiado simplista de la estructura psicológica de las masas trabajadoras de Alemania. La atribución a estas de un anticapitalismo latente, así como de una resistencia al antisemitismo, no solo no estaban fundamentados en la obra, sino que caen muy por debajo de las conclusiones de los trabajos del Institut dedicados al tema.

Por momentos, Neumann subió al carro de las ideas de Horkheimer, sin compartir totalmente sus presupuestos, dificultando una articulación precisa de los conceptos implicados. Este hecho es especialmente cierto respecto de la teoría de los rackets. En *Razón y autoconservación*, Horkheimer previno contra una utilización exclusivamente política de la ‘tesis del gang’:

Los nacionalsocialistas no se salieron del desarrollo, como pretende el discurso que los califica de gánsters. Aun siendo gánsters, recogen una tendencia del periodo monopolista [...] No es verdad que un grupo de gánsteres se haya arrogado en Alemania el dominio sobre la sociedad, sino que la dominación social desemboca en el dominio de los gánsters partiendo de su propio principio económico (Horkheimer, 2000, 101-102).

Neumann no puede ser encuadrado bajo esta interpretación errónea. Para él, era evidente que los nazis en modo alguno habían salido de la nada. Por su ingenuidad al respecto de esta cuestión había criticado duramente a los cuadros sindicales del SPD. Más aún, también coincidía en señalar la dominación nazi como la

²² Horkheimer y Pollock escondieron en su piso de estudiantes a varios militantes durante los eventos revolucionarios de 1918 en Alemania.

²³ Leo Löwenthal ha explicado este punto, defendiendo la presencia en esos años de un clima general de radicalismo político que permeaba el estrato social de los hijos acomodados de judíos independientemente de la pertenencia a los cuadros sindicales o de partido (Dubiel, 1993: 19).

nueva etapa de la dominación burguesa, quizás incluso más estrictamente que Horkheimer. Y, sin embargo, para él, el 'propio principio económico' del que partía la nueva dominación no afectaba, no obstante, a su defensa del liberalismo parlamentario como sistema político ni, por tanto, a su interpretación rupturista del nacionalsocialismo. Desde el punto de vista de la historia del pensamiento occidental, el régimen nacionalsocialista representaba, efectivamente, 'la Ilustración devastada' (López, 2010).

Horkheimer llevaba años orientando su comprensión del fenómeno fascista en relación con la crítica del desarrollo de las categorías del pensamiento occidental. Dos años después, en *Dialéctica de la Ilustración*, estas intuiciones encontrarían su expresión más plena. La interpretación continuista que Horkheimer ofreció del fascismo estaba apoyada en la tarea que ocuparía a Horkheimer en los años subsiguientes: la investigación sobre las mutaciones históricas del concepto de razón. *Razón y autoconservación* estableció la conexión entre la mutilación de la racionalidad occidental y el fenómeno fascista desde su primera página: "Los conceptos troncales de la civilización occidental están a punto de desmoronarse [...] el concepto de razón es central" (Horkheimer, 2000: 89). El análisis de Horkheimer del concepto de razón debe ser tenido en cuenta, pues solo la comprensión de la mutilación de la razón como automutilación, como un movimiento dialéctico de ejercicio de violencia sobre sí misma, permite entender sus interpretaciones acerca del régimen nazi como producto final del orden creado por la Revolución Francesa. Las diferencias entre Neumann y Horkheimer no tienen tanto que ver con la imagen que ofreciese el Estado alemán -en la que coincidían más que con Pollock- sino con la diferente consideración acerca del destino del concepto de razón. Mientras que Neumann interpretó la destrucción de la razón en Alemania como un ataque externo, para Horkheimer la historia de la teoría demostraba que la posibilidad finalmente realizada en el Reich se encontraba inserta en la dinámica que había alzado el pensamiento burgués contra el orden del Antiguo Régimen.

Para Horkheimer, la burocratización de la sociedad civil, la hipertrofia estatal, la claudicación de las organizaciones obreras eran fenómenos que caían bajo la misma dinámica histórica: la tendencia hacia el modelo autoritario del capitalismo estatal. Cuando situó su base filosófica en el mutilado concepto de razón, reducida a un uso instrumental despojado de toda autorreflexión de fines -un hecho plasmado en la doctrina del partido nazi-, no pudo dejar de observar los cabos que unían ambos procesos. El hecho de que la concepción secular de la realidad hu-

biese llevado consigo la tendencia a la integración de los agentes sociales bajo control estatal unía en un mismo denominador el liberalismo y su descendiente autoritario. El nacionalsocialismo representaba realmente una ruptura del orden liberal; pero no era, como Neumann pensara, un ataque externo proveniente de unos advenedizos aupados por el poder económico; la ruptura era tan solo la conclusión lógica de unos presupuestos de partida cuya irracionalidad había sido puesta de manifiesto por la obra de Marx.

El capitalismo de Estado era realmente el estadio final de las sociedades mercantiles. Los planos de desarrollo de la sociedad, en el liberalismo y en el autoritarismo nazi, mantenían una misma independencia respecto de la conciencia de los implicados; la heteronomía de los individuos, su incapacidad para organizar la sociedad de acuerdo con un criterio racional, decretaban el movimiento desde la sociedad mercantil al capitalismo de Estado como un proceso independiente de sus agentes, similar al desarrollo hegeliano de la conciencia en la historia (ibid.: 112). La diferencia entre las posiciones de Neumann y Horkheimer es traída a colación con frecuencia; no obstante, la explicación de la misma, la referencia a la importancia de la crítica del concepto de razón –que suele ser relegado al trabajo posterior de Horkheimer– no es encontrada fácilmente en los textos sobre la disputa.

Si Neumann había podido criticar a Pollock la falta de fundamentos de su crítica al nazismo, apoyada tan solo en un rechazo moral, Horkheimer radicalizaba esta crítica contra Neumann. También él, al establecer el paradigma liberal parlamentario pluralista como opuesto al irracionalismo del NSDAP, había subestimado las opciones del régimen. También él se había cegado con la tarea de mostrar la imposibilidad del funcionamiento del nacionalsocialismo. A pesar de la profundidad del análisis de Neumann, en último término la fragilidad del régimen estaba apoyada en el carácter irracional de su teoría política. Horkheimer, que compartía esta idea, previno no obstante contra la sobreestimación de la irracionalidad política como talón de Aquiles del Reich. Esta era solo otra cara de la misma moneda en la historia irracional, ciega de las sociedades occidentales:

“Que las fuerzas del progreso hayan sido derrotadas y que el fascismo pueda durar eternamente incapacita a los intelectuales para el pensamiento. Estos creen que todo cuanto funciona debería ser bueno, y por ello intentan demostrar que el fascismo no puede funcionar. Pero hay periodos en los que lo existente, en su fuerza y empeño, se convierte en lo peor” (Horkheimer, 2016: 23).

Esta caracterización sobre las posturas implicadas no debiera ser entendida

como una declaración unilateral. Al igual que sucede con la propia denominación de los trabajos del Institut como los de una 'escuela', calificativo que siempre extrañó a sus autores, el debate sobre la naturaleza del Estado a finales de los treinta no puede ser comparado a la estructura filosófica clásica de dos posiciones opuestas férreamente enfrentadas. Ambas posturas se mantuvieron siempre, en estos años, en aproximaciones dubitativas más que en certezas declaradas.

No obstante, no deja de ser cierto que las conclusiones de la disputa fueron, para ambos, el fundamento de desarrollo de su trabajo intelectual en la década siguiente. La trágica muerte de Neumann en un accidente de coche en 1955 interrumpiría el desarrollo de sus trabajos acerca de la sociología del poder. Horkheimer, por su parte, se llevó del debate la idea del destino de las sociedades occidentales como destino del concepto de razón a su creciente colaboración con Theodor W. Adorno. Sus siguientes obras, la *Dialéctica* y la *Crítica*, deben ser entendidas bajo el paradigma de lo relatado aquí, más por cuanto en principio suelen ser leídas como meros análisis de las sociedades que habían derrotado al nazismo en el campo de batalla, pretendidamente antagónicas a este.

REFERENCIAS

- COLOM, Francisco (1992): *Las caras del Leviatán. Una lectura política de la teoría crítica*, Barcelona: Anthropos.
- DUBIEL, Helmut (1993): *Leo Löwenthal, una conversación autobiográfica*, Valencia: Alfons el Magnanim.
- FROMM, Erich (1984): *Working Class in Weimar Germany: Psychological and Sociological Study*. Oxford: Berg.
- HOKHEIMER, Max (2016): “Los judíos y Europa”, *Constelaciones, revista de teoría crítica*, 4(4), 2-24.
- HOKHEIMER, Max (1976): *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*, Barcelona: Edicions 62.
- HOKHEIMER, Max (1986): *Ocaso*, Madrid: Anthropos,
- HOKHEIMER, Max (1998): *Teoría Crítica*, Buenos Aires: Amorrortu.
- HOKHEIMER, Max (2000): *Teoría tradicional y teoría crítica*, Barcelona: Espasa.
- LÓPEZ, Pablo (2010): “Behemoth, o la Ilustración devastada: reconsiderando a Franz Neumann”, *Daimon, Revista Internacional de Filosofía, Suplemento 3*, 207-214.
- LÓPEZ, Pablo (2020): “Democracia, poder, derecho. Franz Neumann y la tragedia de la libertad moderna” en: *Ante la catástrofe*, Barcelona: Herder.

- LÓPEZ, Pablo (2020): “La exigencia democrática: Franz Neumann en Weimar”, en *Laboratorio Weimar, la crisis de la globalización en Euroamérica (1918-1933)*, Madrid: Tecnos.
- NEUMANN, Franz (1943): *Behemoth, pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- NEUMANN, Franz (1986): *The Rule of Law, Political Theory and the Legal System in the Modern Society*, Warwickshire, UK, Berg Publishers.
- NEUMANN, Franz (1978): *Über die Voraussetzungen und den Rechtsbegriff einer Wirtschaftsverfassung*, en *Wirtschaft, Staat, Demokratie*, Fráncfort: Suhrkamp.
- PAZOS PASCUAL, Eduardo (2020): *El orden de hierro: una lectura de los textos del debate sobre el Estado alemán en el Institut für Sozialforschung (1939-1942)*. [Trabajo Fin de Máster] en E-prints UCM: <https://eprints.ucm.es/63054/>
- POLLOCK, Friedrich (2019): “Capitalismo de Estado”, en *Sobre el Capitalismo de Estado*, Medellín, Ennegativo.
- POLLOCK, Friedrich (2019): “¿Es el nacionalsocialismo un nuevo orden?” en *Sobre el Capitalismo de Estado*, Medellín: Ennegativo.
- SOLLNER, Alfons (1984): *Leftist students of the conservative revolution: Neumann, Kirchheimer, Marcuse*, Telos, 61, 55-70.
- STIRK, Peter (1992): *Max Horkheimer: A new interpretation*, Maryland: Rowman & Littlefield.
- VILLACAÑAS, José Luis (2001): “Los límites de la influencia de Carl Schmitt en la República de Weimar”, *Isegoría*, N° 24.
- WIGGERSHAUS, Rolf (1995): *The Frankfurt School, its history, theories, and political significance* Massachusetts: MIT Press.